

Lobbies y conflictos sociales

Por Alberto Adrianzén M. (*)

Las respuestas tanto del Presidente del Consejo de Ministros, Yehude Simon, como de la ministra del Interior, Mercedes Cabanillas, durante la interpelación, demuestran la incapacidad del poder para entender lo que viene ocurriendo en el país. La falta de ideas es tan obvia que han tenido que recurrir una vez más a dos viejos argumentos: a) el complot internacional de los “antisistema”; y b) que la solución a los conflictos se logra cuando se negocia directamente con los que demandan y al margen de intermediarios ya que estos, dice Simon, “anteponen temas políticos”.

Si se observa bien, ambos argumentos apuntan a lo mismo: negarle a los que demandan la posibilidad de hacer política. Ya sea porque son unos simples “títeres” de algún líder o país conspirador (y si es “chavista”, mejor), o, simplemente, porque la política es mala. Lo que dice Simon luego de un curso veloz de “conflictología” es bastante elocuente: “Lo que he aprendido después de veinte horas de diálogo con las comunidades, es que cuando ellos hablan con voz propia, y demuestran sus necesidades que son justas, no hay dificultades, pero cuando alguien los suplanta a ellos y antepone temas políticos, allí están las dificultades”.

Sería bueno preguntarle qué entiende primero por hablar “con voz propia” y segundo por qué asocia palabras como suplantación, temas políticos y dificultades. En realidad, lo que Simon está diciendo es que toda representación política de una de las partes del conflicto (me refiero del lado de aquellos que demandan) es siempre negativa, porque, finalmente, “politiza” el conflicto. La idea de que el pueblo es una suma de “sindicatos” o de “demandantes” y que no merece una representación política (es decir, una identidad política), es el viejo discurso fujimorista y/o autoritario. Al poder le conviene negociar uno por uno cada conflicto (es el triángulo sin base de Julio Cotler); que los demandantes no junten sus demandas, y menos que alguien los represente y que tengan una identidad política. En este contexto Simon antes que un Gandhi que recorre el país proclamando paz y amor, es un pacificador colonial y un padrino al mismo tiempo.

Hoy se habla de éxito en la selva y en Andahuaylas. Cuál éxito, uno se pregunta. Firmar un acta, crear una mesa de diálogo o lograr una tregua que seguramente durará poco tiempo, a estas alturas no es ningún éxito, ya que repite el viejo patrón de comportamiento de los últimos gobiernos. Y es que el problema de nuestro sistema político es que no tiene formas de resolver o de dirimir los conflictos porque aquellos que demandan carecen de representación (e identidad) política. Cuando eso sucede, los desacuerdos no se pueden dirimir mediante formas que la institucionalidad ha ido creando con el tiempo. En estos contextos los conflictos son inacabados, eternos.

Por eso los gobiernos firman actas y crean mesas de diálogo como una manera de mecer o de patear el problema hacia delante; es decir, de no resolver los conflictos y las demandas. Y por eso, también, estamos sujetos—como hoy se demuestra en algunos casos— al chantaje de minorías (incluyo a los lobbies) capaces de generar grandes crisis políticas. Confundir la solución momentánea de un conflicto (otros dirían mecida) con la pacificación, es un error político.

De ahí que los conflictos estallen cada cierto tiempo (son casi estacionales) porque el gobierno no cumple con sus promesas o con las actas firmadas o con las famosas mesas de diálogo. Lo que viene sucediendo, como lo señaló Mirko Laufer en una de sus columnas, es que los instrumentos (mesas de diálogo o actas) para resolver los conflictos sociales en el país se han agotado. Por eso, lo que hace Simon es repetir un viejo libreto. No hay ninguna novedad. Emplea los viejos mecanismos de “solución” que no son solución. Es el “señor” que “escucha” al pueblo. Un Gan-dhi “bamba”.

Lo que vienen mostrando estos conflictos, además, es que los lobbies y los lobistas son los culpables, en gran medida, de lo que está sucediendo hoy. Simon, en lugar de responsabilizar a la oposición por los sucesos de Bagua, le debería preguntar a su ministra de Comercio Exterior, Mercedes Aráoz, por qué mintió, como afirma El Comercio, al decir que la derogación de los DL sobre la selva ponía en peligro el TLC con EEUU y cómo fue el “contrabando legislativo” en la fabricación de estos mismos decretos. O al ministro de Energía, por qué hoy los peruanos nos quedamos sin gas.

Sospecho que la respuesta sería la misma: los lobbies. Hoy el Estado peruano está colonizado por estos lobbies. Ellos presionan y sacan leyes que, por lo general, no favorecen a la población. Sin embargo, estos últimos conflictos estarían mostrando que ese Estado servicial con lobbies y lobistas, está en crisis. Y eso es una buena noticia para la democracia y para el país.

(*) www.albertoadrianzen.org